

senta siempre los dos aspectos de todo problema humano, é imitádoje Diderot escribió un día el *Esto no es un cuento*, que es sin duda su mejor obra, en la que ofrece la sublime figura de la señorita Lachaux, inmolada por Gardanne, enfrente de la de un perfecto amante muerto por su amada. Mis dos novelas forman, pues, pareja, como dos gemelos de diferente sexo. Son un compuesto literario ante el que puede uno á veces permitirse sucumbir, sobre todo en una obra en que se intenta representar todas las formas que sirven de ropaje al pensamiento. La mayor parte de estas disputas humanas provienen de que existen á la vez sabios é ignorantes dotados de la facultad de no ver más que por un solo lado los hechos y las ideas, pretendiendo cada uno que la fase que ha visto es la única buena y la única verdadera. Por eso el Libro santo encierra estas proféticas palabras: «Dios entregó el mundo á las discusiones». Confieso que este solo pasaje de la Escritura debería mover á la santa sede á crear el gobierno de las dos Cámaras á fin de obedecer á esta sentencia, comentada en 1814 en la ordenanza de Luis XVIII.

Que su talento y que la poesía que usted posee protejan los dos episodios de *Los Parientes pobres*.

De usted afmo. servidor,

DE BALZAC.

Agosto-septiembre de 1846.

LOS PARIENTES POBRES

LA PRIMA BEL

CAPÍTULO PRIMERO

¿A dónde va á anidarse la pasión?

A mediados del mes de julio del año 1838, uno de esos coches puestos recientemente en circulación en las plazas de París, llamados milores, caminaba por la calle de la Universidad conduciendo á un hombre gordo de mediana estatura, que vestía el uniforme de capitán de la guardia nacional.

Entre el número de esos parisienses acusados de ser tan ocurentes, los hay que se creen infinitamente mejor yendo de uniforme que con sus trajes ordinarios y que suponen en las mujeres gustos bastante depravados para imaginarse que serán agradablemente impresionadas ante un tricornio de pelo y ante el arnés militar.

La fisonomía de aquel capitán, que pertenecía á la segunda legión, respiraba un contento de sí mismo que hacía resplandecer su tez rojiza y su cara un tanto mofletuda. Por esa aureola que la riqueza adquirida en el comercio imprime á los antiguos tenderos retirados, se adivinaba en el capitán á uno de los elegidos de París, ex teniente alcalde por lo menos de su distrito. Después de sabido esto, no os costará trabajo creer que la cinta de la Legión de honor no dejaba de adornar su pecho, ostensiblemente

bombeado á la manera prusiana. Finchadamente arrellenado en el rincón del coche, aquel hombre condecorado dejaba errar su mirada de uno á otro transeunte de esos que frecuentemente en París recogen así agradables sonrisas dirigidas á hermosos ojos ausentes.

El coche se detuvo en la parte de calle comprendida entre la de Bellechasse y la de Borgoña, á la puerta de una gran casa recientemente construída en una parte del patio de un antiguo palacio con jardín.

Había sido respetado el palacio, que conservaba su forma primitiva en el fondo del patio, el cual había quedado reducido á la mitad.

Únicamente por la manera como el capitán aceptó los servicios del cochera para bajar del coche, se hubiese reconocido al quincuagenario. Hay gestos cuya franca torpeza posee toda la indiscreción de una partida de bautismo. El capitán se puso el guante amarillo en la mano derecha, y, sin preguntar nada al portero, se encaminó hacia la escalinata del palacio con un aire que quería decir: «Esta mujer es mía». Los porteros de París tienen un gran golpe de vista, no detienen nunca á los condecorados vestidos de azul y de grave paso; en una palabra, que conocen á los ricos.

Aquel piso bajo estaba ocupado todo él por el señor barón de Hulot de Ervy, comisario ordenador en tiempos de la República, antiguo intendente general del ejército, y, á la sazón, director de una de las dependencias más importantes del ministerio de Guerra, consejero de Estado, gran oficial de la Legión de honor, etc., etc.

Este barón Hulot se había titulado á sí mismo de Ervy, lugar de su nacimiento, para distinguirse de su hermano, el célebre general Hulot, coronel de los granaderos de la guardia imperial, que fué nombrado conde de Forzheim por el emperador después de la campaña de 1809. El hermano mayor, el conde, encargado de cuidar de su hermano menor, llevado de su prudencia paternal lo había colocado en la administración militar, donde el barón obtuvo y mereció el favor de Napoleón gracias á sus dobles servicios. Desde 1807 el barón era intendente general de los ejércitos de España.

Después de haber llamado, el capitán de la guardia nacional hizo grandes esfuerzos para arreglarse la levita, que

se había levantado por delante y por detrás á causa de la acción ejercida sobre ella por un vientre piriforme. Admitido tan pronto como un criado con librea le hubo visto, aquel hombre importante é imponente siguió al fámulo, el cual dijo abriendo la puerta del salón:

—¡El señor Crevel!

Al oír este nombre, admirablemente apropiado al aspecto del que lo llevaba, una mujer alta y rubia, muy bien conservada, pareció recibir una especie de conmoción eléctrica y se levantó.

—Hortensia, hija mía, vete al jardín con tu prima Bel— se apresuró á decirle á su hija, que bordaba á algunos pasos de ella.

Después de haber saludado graciosamente al capitán, la señorita Hortensia Hulot salió por una puerta vidriera, llevándose consigo á una solterona seca que parecía tener más edad que la baronesa, á pesar de que contaba cinco años menos que ella.

—Se trata de tu matrimonio—dijo la prima Bel al oído á su prima Hortensia, sin parecer ofendida de las maneras empleadas por la baronesa para despedirlas, la cual no le guardó ningún género de consideraciones.

En caso de necesidad, el modo de vestir de aquella prima hubiese dado la explicación del modo como era tratada.

Aquella solterona llevaba una bata de merino de color de uva, cuyo corte y adornos databan de la Restauración, un cuello bordado que podía valer tres francos y un sombrero de paja cosida con adornos de satén azul, como el que llevan las revendedoras del mercado. Al ver unos zapatos de piel de cabra cuya hechura anunciaba como autor á un zapatero del último orden, un extraño no se hubiera decidido á saludar á la prima Bel como parienta de la casa, pues parecía más que nada una costurera tomada á jornal. Sin embargo, la solterona no salió sin hacer al señor Crevel un afectuoso salutito, al que aquel personaje respondió con un signo de inteligencia.

—Señorita Fischer, vendrá usted mañana, ¿verdad?

—¿No tiene usted gente?—le preguntó la prima Bel.

—Mis hijos y usted únicamente—replicó el visitante.

—Bueno, entonces cuente usted conmigo—respondió aquella.

—Señora, heme aquí á sus órdenes—dijo el capitán de la

guardia nacional saludando de nuevo á la baronesa de Hulot.

Y esto diciendo, dirigió á la señora de Hulot una mirada como la que Tartufo dirige á Elmira cuando un actor de provincias cree necesario hacer resaltar las intenciones de este papel en Poitiers ó en Coutances.

—Caballero, si quiere usted seguirme por aquí, estaremos mucho mejor que en este salón, para hablar de negocios—dijo la señora Hulot señalando una pieza vecina que estaba destinada á salón de juego.

Aquella pieza sólo estaba separada por un tabique del gabinete cuya ventana daba al jardín, y la señora Hulot dejó solo á Crevel durante un instante, pues juzgó necesario cerrar la ventana y la puerta del gabinete á fin de que nadie pudiese escuchar. Tomó la misma precaución cerrando también la puerta vidriera del salón, al mismo tiempo que sonreía á su hija y á su prima, las cuales se hallaban en un kiosco viejo situado en el fondo del jardín, y volvió dejando abierta la puerta del salón de juego, á fin de oír abrir la del salón si alguien entraba en él. Yendo y viniendo de este modo, la baronesa, que no era observada por nadie, dejaba ver en su fisonomía todos sus pensamientos, y el que la hubiera visto casi se hubiera asustado de su agitación. Pero al ir de la puerta de entrada del salón al salón de juego, su cara quedó velada por esa impenetrable reserva que hasta las mujeres más francas parecen tener de encargo.

Durante estos preparativos extraños por lo menos, el guardia nacional examinaba el mueblaje del salón en que se hallaba, y al ver las cortinas de seda rojas antes y descoloridas entonces por la acción del sol, una alfombra cuyos colores habían desaparecido y unos muebles desdorados cuya seda plagada de manchas estaba rozada por los extremos, las expresiones del desprecio, del contento y de la esperanza se sucedieron sencillamente en el rostro vulgar del comerciante advenedizo, el cual se miraba en el espejo por encima del reloj de sobremesa pasándose revista, cuando el ruido de una falda de seda le anunció á la baronesa, obligándole á ponerse inmediatamente en su primitiva posición.

Después de haberse sentado en un pequeño canapé, que ciertamente habría sido muy hermoso allá por el año 1809, la baronesa hizo seña á Crevel de que se sentase, indicándole un sofá cuyos brazos estaban terminados por cabezas

de esfinge bronceadas cuya pintura se había caído dejando ver á intervalos la madera.

—Señora, las precauciones que usted toma serían de encantador augurio para un...

—Para un amante—replicó la baronesa interrumpiendo al guardia nacional.

—La palabra es débil. ¡Amante! ¡amante! diga usted más bien hechizado—dijo el guardia nacional colocándose la mano derecha sobre el corazón y poniendo los ojos en blanco de ese modo que causa casi siempre risa á una mujer, cuando contempla friamente á un hombre en esta actitud.

CAPÍTULO II

Atroces confidencias

—Escuche usted, señor Crevel—repuso la baronesa, demasiado seria para poder reír.—Ya sé que tiene usted cincuenta años, ó sea diez menos que el señor Hulot; pero á mi edad las locuras de una mujer deben ser justificadas por la belleza, por la juventud, por la celebridad, por el mérito; por alguno de los esplendores que nos deslumbran hasta el punto de hacérselo olvidar todo, hasta la edad. Si tiene usted cincuenta mil francos de renta, en cambio sus años sirven de contrapeso á su fortuna, resultando que no tiene usted nada de lo que una mujer puede exigir.

—¿Y el amor?—dijo el guardia nacional levantándose y echándose hacia adelante—un amor que...

—No, señor, amor no, testarudez—dijo la baronesa interrumpiéndole para acabar con aquella ridiculez.

—Sí, testarudez y amor; pero también algo más... derechos.

—¡Derechos!—exclamó la señora Hulot poniéndose sublime de desprecio, de indignación y de rabia.—Si sigue usted hablando de ese modo, no acabaremos nunca, y yo no le he hecho venir aquí para hablar de lo mismo que fué causa de que lo expulsase, á pesar del parentesco de nuestras dos familias.

—Yo he creído...

—¿Todavía? Caballero, ¿no ve usted que estoy perfecta-

mente segura de permanecer virtuosa por la manera indifere y desenvuelta que tengo de hablar de amante, de amor y de todo lo más escabroso que hay para una mujer? No abrigo ningún temor, ni siquiera el de que me critiquen encerrándome aquí con usted. ¿Es esta la conducta propia de una mujer débil? Sobradamente sabe usted para qué le he mandado llamar.

—No, señora—replicó Crevel tomando una actitud fría y mordiéndose los labios.

—Está bien. Entonces será breve para abreviar nuestro mutuo suplicio—dijo la baronesa mirando á Crevel.

Crevel hizo un saludo irónico, en el que un hombre del oficio hubiese reconocido las gracias de un antiguo viajante de comercio.

—Nuestro hijo se casó con su hija...

—Lo cual no sería si tuviera que hacerse hoy...

—Ya supongo que ese matrimonio no se haría—se apresuró á responderle la baronesa.—Sin embargo, no tiene usted por que quejarse. No sólo es mi hijo uno de los primeros abogados de París, sino que además hace un año que es diputado y su entrada en la Cámara tuvo bastante resonancia para hacer esperar que será ministro dentro de poco. Victorino ha sido nombrado dos veces para revisar importantes leyes y, si quisiera, podría ser hoy abogado general del Supremo. Si usted quiere darme á entender que tiene un yerno sin fortuna...

—Un yerno á quien me veo obligado á mantener, lo cual es peor, señora—repuso Crevel.—De los quinientos mil francos que di en dote á mi hija, doscientos han sido gastados Dios sabe en qué... en pagar las deudas de su señor hijo, en amueblar admirablemente su casa, una casa de quinientos mil francos que apenas renta quince mil, porque ocupa él la mejor parte, de la cual debe ya doscientos sesenta mil francos; de modo que la renta apenas basta para pagar los intereses de la deuda. Este año tengo que dar á mi hija veinte mil francos para que puedan comer, y mi yerno, que ganaba, según dicen, treinta mil francos en la Audiencia, va á abandonar la Audiencia por el Congreso.

—Señor Crevel, esto nos aparta aún más del asunto para que le hemos llamado. Pero, en fin, para acabar de una vez de hablar de esto, sólo le diré que seguramente que no se quejará usted si mi hijo llega algún día á ser ministro y le

nombra oficial de la Legión de honor y prefecto de París.

—¡Ah! henos ya en el fondo de la cuestión, señora. Yo soy un abacero, un tendero, un antiguo vendedor de pasta de almendras, de agua de Portugal y de Aceite cefálico, y deben considerarme muy honrado habiendo casado á mi hija única con el señor barón Hulot de Ervy. Esto es muy bonito, es regencia, es Luis XV, es aristocrático. Yo quiero á Celestina como se quiere á una hija única; la quiero tanto, que para que no tuviese hermanos acepté todos los inconvenientes de la viudez en París, estando en la fuerza de la edad, señora; pero sépalo usted bien: á pesar de este amor insensato por mi hija, yo no mermaré mi fortuna por su hijo de usted, cuyos gastos no me parecen muy claros á mí, que soy antiguo negociante.

—Caballero, en este mismo momento ve usted en el ministerio al señor Popinot, antiguo droguero de la calle de los Lombardos.

—Muy amigo mío, señora—dijo el perfumista retirado, —porque yo, Celestino Crevel, antiguo primer dependiente del padre César Birotteau, compré las existencias del dicho Birotteau, suegro de Popinot, el cual era sencillo dependiente en aquel establecimiento, siendo él el que me lo recuerda, porque haciéndole justicia, he de decir que no es orgulloso con las gentes acomodadas que poseen sesenta mil francos de renta.

—Bueno, caballero, las ideas que califica usted con la palabra regencia no imperan ya en una época en que se acepta á los hombres por su valor personal, y lo que hizo usted casando á su hija con mi hijo...

—Usted no sabe cómo se concertó ese matrimonio—exclamó Crevel.—¡Ah! ¡maldita vida de soltero! A no ser por mis calaveradas, mi Celestina sería la vizcondesa de Popinot.

—No nos recriminemos ahora por hechos que no tienen remedio y que están ya realizados—repuso enérgicamente la baronesa.—Hablemos del motivo de queja que de usted tengo á causa de su extraña conducta. Mi hija Hortensia ha podido casarse, su matrimonio dependía por completo de usted, yo le creía animado de sentimientos generosos, pensé que haría usted justicia á una mujer que no ha llevado en el corazón más imagen que la de su marido, que reconocería usted la necesidad en que estaba de no recibir á un hombre capaz de comprometerla y que por el honor mismo de la fa-

milia con quien está usted aliado se apresuraría á favorecer el enlace de Hortensia con el consejero señor Lebás. Pero nada de esto, sino que al contrario, usted ha deshecho este matrimonio.

—Señora—respondió el antiguo perfumista,—yo he obrado como hombre honrado. Vinieron á preguntarme si serían pagados los doscientos mil francos de dote atribuidos á la señorita Hortensia, y yo respondí textualmente esto: «Yo no los garantizaría. Mi yerno, al que la familia Hulot constituyó en dote una suma análoga, tenía deudas, y yo creo que si el señor Hulot de Ervy muriese mañana, su viuda no tendría que comer.» Esto es todo, señora.

—¿Y hubiera usted empleado ese lenguaje, si yo hubiese faltado por usted á mis deberes?—preguntó la señora de Hulot mirando fijamente á Crevel.

—Querida Adelina, no hubiera tenido derecho á decirlo, porque habría encontrado usted la dote en mi cartera—exclamó aquel singular amante.

Y uniendo la acción á la palabra, el grueso Crevel hincó una rodilla en tierra, y viendo á la señora Hulot sumida en un mudo horror que él tomó por indecisión, le besó la mano.

—¡Comprar la dicha de mi hija á costa de!... ¡Oh! levántese usted, caballero, ó llamo.

El antiguo perfumista se levantó con bastante dificultad. Esta circunstancia le puso tan furioso, que volvió á recobrar su actitud grave. Casi todos los hombres tienen afición á cierta postura en la cual creen que hacen resaltar todas las ventajas con que les ha dotado la naturaleza. En Crevel, esta postura consistía en cruzarse de brazos á lo Napoleón, poniendo la cara de perfil y dirigiendo su mirada como el pintor se la había hecho dirigir en su retrato, es decir, al horizonte.

—¡Ser fiel á un libertino!—exclamó con bien fingido furor.

—Caballero, á un marido digno—repuso la señora Hulot interrumpiendo á Crevel á fin de que no pronunciase palabras que ésta no quería oír.

—Mire usted, señora: usted me ha escrito diciéndome que viniese; quiere usted saber las razones de mi conducta y me va usted á obligar á decírselas con sus aires de emperatriz, con su desdén y con su... desprecio. ¿No diría cualquiera que soy un negro? Créame, se lo repito, yo tengo

derecho á... á hacérle la corte, porque... Pero no, la quiero á usted demasiado para callarme.

—Hable usted, caballero; dentro de pocos días cumplo cuarenta y siete años, y no soy tan neciamente gazmoña que no pueda escucharle.

—Vamos á ver, ¿me da usted su palabra de mujer honrada (porque desgraciadamente, para mí, es usted honrada), de no nombrarme nunca y de no decir que le comunico este secreto?

—Si es esa la condición de la revelación, yo le juro que no diré nunca á nadie, ni aun á mi marido, ninguna de las enormidades que va usted á confiarme.

—Lo creo, porque se trata de usted y de él.

La señora Hulot palideció.

—¡Ah! si quiere usted aún á Hulot, va usted á sufrir.

¿Quiere usted que me calle?

—Hable usted, caballero, pues según dice, se trata de justificar á mis ojos las extrañas declaraciones que me ha hecho y su persistencia en atormentar á una mujer de edad que quisiera casar á su hija y morir después en paz.

—Ya lo ve, es usted desgraciada.

—¿Yo, caballero?

—Sí, hermosa y noble criatura, lo que has hecho tú es sufrir demasiado—exclamó Crevel.

—Caballero, hábleme usted como es debido, ó cállese y salga inmediatamente.

—Señora, ¿sabe usted cómo nos conocimos el señor Hulot y yo? En casa de nuestras queridas, señora.

—¡Oh! ¡caballero!...

—En casa de nuestras queridas, señora—repitió Crevel con tono melodramático, abandonando su habitual actitud para hacer un gesto con la mano derecha.

—¿Y qué más, caballero?—dijo tranquilamente la baronesa con gran asombro de Crevel.

Los seductores vulgares no comprenden nunca las grandes almas.

—Yo, viudo hace cinco años—dijo Crevel hablando como hombre que va á contar una historia,—no queriendo casarme de nuevo por mi hija, á quien idolatro, y no queriendo tampoco tener enredos en mi casa, aunque tenía entonces una bonita camarera, le puse, como suele decirse, un piso á una obrera de catorce años, dotada de maravillosa belleza,

de la cual obrera, lo confieso, llegué á estar locamente enamorado, tanto, que hice venir de mi país á mi propia tía (la hermana de mi madre), y le rogué que viviese con aquella encantadora criatura y la vigilase, á fin de que me fuese fiel. La pequeña, cuya vocación por la música era visible, tuvo maestros, y á fin de ocuparla le di espléndida educación. Por otra parte, yo quería ser á la vez su bienhechor, y ¿por qué no decirlo? su amante; matar dos pájaros de un tiro, hacer una buena acción y adquirir una buena amiga. Fui feliz cinco años. La pequeña tiene una de esas voces que son la fortuna de un teatro, y yo sólo puedo calificarla diciendo que es un Duprez con faldas. La sola educación de su voz me ha costado dos mil francos anuales, y me hizo tomar tanta afición á la música, que para ella y para mi hija tuve un palco en los Italianos, al cual iba alternativamente un día con mi hija y otro día con Josefa.

—¿Cómo! ¿esa ilustre cantante?

—Sí, señora—repuso Crevel con orgullo,—esa famosa Josefa me lo debe todo. En fin, cuando la pequeña tuvo veinte años, en 1834, creyendo yo que me sería siempre fiel y deseando procurarle algunas distracciones, permitía que se visitase con una bonita actriz llamada Jenny Cadine, cuyo destino tenía alguna semejanza con el suyo. Esta cantante se lo debía también todo á un protector, y este protector era el barón de Hulot.

—Lo sé, caballero—dijo la baronesa con voz tranquila y sin la menor alteración.

—¿Cómo!—exclamó Crevel cada vez más asombrado, ¿y sabe usted también que su monstruo de marido protegió á Jenny Cadine cuando ésta contaba sólo trece años?

—También, caballero, ¿qué más?—dijo la baronesa.

—Como Jenny Cadine tenía veinte años, lo mismo que Josefa, cuando se conocieron—repuso el negociante,—el barón desempeñaba el papel de Luis XV con la señorita de Románs, y usted entonces tenía doce años menos.

—Caballero, yo he tenido mil razones para dejar en libertad al señor Hulot.

—Señora, esa mentira bastará sin duda para borrar todos los pecados que haya cometido usted y le abrirá las puertas del cielo—replicó Crevel con aire astuto que hizo enrojecer á la baronesa.—Mujer sublime y adorada, eso dígaselo usted á otros, pero no al padre Crevel, que ha corrido muchas juer-

gas con su criminal marido para no saber todo lo que usted vale. A veces, medio alegre, se dirigía reproches y me hablaba de sus perfecciones. ¡Oh! es usted un ángel. Entre una muchacha de veinte años y usted, un libertino titubearía; yo no titubeo.

—¡Caballero!

—Bueno, me detengo... pero, santa y divina mujer, sepa usted que los maridos, una vez borrachos, cuentan muchas cosas de sus esposas en casa de sus queridas, las cuales se rien como condenadas.

Las lágrimas de pudor que brotaron de los hermosos ojos de la señora Hulot, detuvieron al guardia nacional, el cual no pensó ya en ponerse grave.

—Prosigo. El barón y yo nos hicimos amigos por nuestras queridas. Como todas las gentes viciosas, el barón es muy amable y buen muchacho de veras. ¡Oh! ¡qué simpático me fué el muy pillo! ¡La verdad es que tenía unas cosas!... Pero, en fin, dejemos á un lado estos recuerdos. Nos quisimos como dos hermanos. El pillastre procuraba siempre depararme, predicarme el sansimonismo en materia de mujeres é inculcarme ideas de gran señor, de aristócrata; pero yo quería á mi pequeña hasta el punto de casarme con ella si no hubiese temido tener hijos. Entre dos viejos papás amigos como lo éramos nosotros, ¿cómo quiere usted que no pensásemos en casar á nuestros hijos? Tres meses después del matrimonio de su hijo con mi Celestina, Hulot, ¡el infame! que no sé como pronuncio su nombre, pues nos engañó á los dos, señora, el infame me sopló mi pequeña Josefa. Ese bandido sabía que había sido substituído por un joven consejero de Estado y por un artista en el corazón de Jenny Cadine, cuyos éxitos eran cada vez mayores, y me robó mi querida, que era una bendición del cielo. Pero seguramente que la habrá visto usted en los Italianos, donde entró por mediación suya. Su marido no es tan juicioso como yo, que soy metódico como un reloj, y había gastado ya mucho con Jenny Cadine, que le costaba cerca de treinta mil francos anuales. Ahora bien, sépalo usted, señora, acaba de arruinarse por Josefa. Josefa es judía, se llama Mirah, que es el anagrama de Hiram, cifra israelita que servirá para que la reconozcan, pues es hija abandonada en Alemania, y las investigaciones que yo he hecho prueban que su padre es un rico banquero judío. El teatro, y sobre todo las ins-

trucciones que Jenny Cadine, Schontz, Málaga y Carabina le dieron acerca de la manera de tratar á los ancianos á esa joven á la cual yo mantenía en una senda honrada y poco costosa, desarrollaron en ella el instinto de los primeros hebreos por el oro y por las joyas, por el becerro de oro en una palabra. La cantante célebre quiere ser rica, muy rica; así es que no disipa nada de lo que se disipa por ella, y se ha agarrado al señor Hulot desplumándolo por completo. Este desgraciado, después de haber luchado con uno de los Keller y con el marqués de Esgrignon, locos ambos por Josefa, sin contar los idólatras desconocidos, va á ver como se la quita ese duque tan poderosamente rico que protege las artes. ¿Cómo le llaman ustedes? un enano... ¡Ah! el duque de Herouville. Y este gran señor tiene la pretensión de poseer solo á Josefa; todo el mundo cortesanesco habla de esto y el barón no sabe nada, pues ocurre con los amantes como con el marido, que siempre es el último que lo sabe. ¿Comprende usted ahora mis derechos? Hermosa señora, su esposo me ha privado de mi dicha, del único goce que he tenido desde mi viudez. Sí; si no hubiese tenido la desgracia de encontrar á ese viejo libertino, yo poseería aún á Josefa, porque, mire usted, yo no la habría dejado entrar en el teatro, y así hubiera permanecido obscura, juiciosa y mía. ¡Oh! si la hubiese visto usted hace ocho años, delgada y nerviosa, la tez morena como una andaluza, cabellos negros y relucientes como la seda, ojos provistos de grandes pestañas, distinción de duquesa en los gestos. Por culpa del señor Hulot, todos aquellos encantos, toda aquella pureza, se han convertido en un lazo para cazar monedas. La pequeña es la reina de las impuras, como suele decirse. En fin, hoy charla y miente, ella que no conocía nada de nada, ni siquiera la palabra murmurar.

En este momento, el antiguo perfumista se enjugó los ojos, de los cuales brotaron algunas lágrimas. La sinceridad de aquel dolor impresionó á la señora Hulot, la cual salió de la especie de meditación en que había caído.

—Señora, ¿se encuentra fácilmente semejante tesoro á los cincuenta y dos años? A esta edad el amor cuesta treinta mil francos anuales; su marido me lo ha dicho, y yo quiero demasiado á Celestina para arruinarla. Cuando la vi á usted en la primera velada que nos dió, no comprendí como ese bandido de Hulot podía querer á esa Jenny Cadine.

Tenia usted todo el aire de una emperatriz. Usted no tiene treinta años, señora—repuso,—parece joven, es usted hermosa. Palabra de honor, aquel día fui herido á fondo y me decía: «Si no tuviese á mi Josefa, puesto que el papá Hulot abandona á su mujer, ésta me vendría como un guante». ¡Ah! dispéñeme, es una palabra de mi antiguo estado. El perfumista reaparece de cuando en cuando, y eso mismo es lo que me impide aspirar á la diputación. De modo que, desde que fui engañado por el barón, pues entre viejos pillos como nosotros las queridas de nuestros amigos deberían ser sagradas, me he jurado quitarle su mujer. Es justicia. El barón no tendría nada que decir, y contamos con la impunidad. Me puso usted de patitas en la calle como á un perro sarnoso á las primeras palabras que le dije del estado de mi corazón; con esto ha redoblado usted mi amor, mi testarudez si usted quiere, y será usted mía.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero será. Mire, señora: un imbécil perfumista (retirado!) que no tiene más que una idea en la cabeza, es más fuerte que un hombre inteligente que la tiene á millares. Estoy chiflado por usted, ¡y usted es mi venganza! Es como si amase dos veces. Le hablo con el corazón en la mano, como hombre resuelto. Lo mismo que usted me dice: «No seré suya», hablo friamente con usted. En fin, según el proverbio, juego á cartas vistas. Sí, será usted mía, en un tiempo dado... ¡Oh! aunque tenga usted cincuenta años, será mi querida. Y esto sucederá, pues lo espero todo de su marido...

La señora Hulot dirigió á aquel calculador burgués una mirada tan fija por el terror, que la creyó loca, y se detuvo.

—Usted lo ha querido, me ha llenado usted de desprecio, me ha desafiado, ¡y he hablado!—dijo experimentando la necesidad de justificar lo salvaje de sus últimas palabras.

—¡Oh! ¡hija mía! ¡hija mía!—exclamó la baronesa con voz moribunda.

—¡Ah! ¡ya no hago caso de nada!—repuso Crevel.—El día que me fué quitada mi Josefa, yo estaba como un tigre á quien le han robado sus pequeños... En fin, estaba como la veo á usted en este momento. ¡Su hija! es para mí el medio de conseguirla á usted. Sí; he hecho abortar el ma-

trimonio de su hija... y no la casará sin mi ayuda... Por hermosa que sea la señorita Hortensia, necesita una dote...

—¡Ay de mí sí—dijo la baronesa enjugándose los ojos.

—Pues bien, trate de pedir diez mil francos al barón—repuso Crevel tomando su posición favorita.

Y esperó durante un momento, como un actor que *señala un tiempo*.

—Si los tuviese, los daría á la que reemplazase á Josefa—dijo forzando su *medium*.—En la senda en que está ¿se detiene nadie? En primer lugar, le gustan demasiado las mujeres. (Hay en todo un justo medio, como ha dicho nuestro rey.) Y con esto va mezclada la vanidad. ¡Es un hombre guapo! ¡Los llevará á todos á la miseria por divertirse él! Por otra parte, ya está usted camino del hospital. Mire, desde que no he puesto los pies en su casa, no ha podido usted renovar los muebles del salón. La palabra *APURO* es vomitada por todas las grietas de estas telas. ¿Cuál es el yerno que no saldrá horrorizado de las pruebas mal disimuladas de la más horrible de las miserias, la de las gentes *comme il faut*? Yo he sido droguero y conozco todo eso. No hay golpe de vista como el del comerciante de París para saber descubrir la riqueza real y la riqueza aparente... Están ustedes sin un céntimo—dijo en voz baja;—se ve en todo, hasta en el vestido de su criado. ¿Quiere usted que le revele horribles misterios que le son ocultos?...

—Señor—dijo la señora Hulot, que lloraba á lágrima viva,—¡basta! ¡basta!

—Pues bien, mi yerno da dinero á su padre, y esto es lo que quería decirle al principio respecto al gasto de su hijo. Pero velo por los intereses de mi hija... Tranquilícese.

—¡Ah! ¡casar á mi hija y morir!...—dijo la desgraciada mujer, que perdió la cabeza.

—Pues bien, aquí tiene el medio—repuso Crevel.

La señora Hulot miró á Crevel con un aire esperanzado que cambió tan rápidamente su fisonomía, que este solo movimiento hubiese debido enternecer á Crevel y hacerle abandonar su ridículo proyecto.

CAPÍTULO III

Una hermosa vida de mujer

—Usted será hermosa aun diez años—repuso Crevel;—sea bondadosa conmigo, y la señorita Hortensia se casará. Hulot me ha dado el derecho, como le decía, á decirlo todo claramente, y no se enfadará. Desde hace tres años he aumentado mis capitales, pues mis calaveradas han disminuido. Tengo trescientos mil francos, además de mi fortuna, y son suyos...

—Salga usted, caballero—dijo la señora Hulot,—salga, y no aparezca jamás en mi presencia. Sin la necesidad que me ha colocado usted de saber el secreto de su cobarde conducta en el asunto del matrimonio proyectado para Hortensia... ¡Sí! cobarde—repuso á un gesto de Crevel.—¿Por qué hacer pesar semejantes odios sobre una pobre joven, sobre una hermosa é inocente criatura?... Sin esa necesidad que hería mi corazón de madre, no me hubiese vuelto á hablar y no hubiese vuelto á entrar en mi casa. Treinta y dos años de honradez y de fidelidad de mujer no perecerán bajo los golpes del señor Crevel.

—Antiguo perfumista, sucesor de César Birotteau, en la Reina de las Rosas, situada en la calle de San Honorato—dijo irónicamente Crevel;—antiguo teniente alcalde, capitán de la guardia nacional, caballero de la Legión de honor, enteramente lo mismo que mi predecesor.

—Caballero—repuso la baronesa,—el señor Hulot ha podido cansarse de su mujer después de veinte años de constancia, esto no le importa á nadie más que á mí; pero ya ve usted, señor, que ha ocultado bien sus infidelidades, pues yo ignoraba que le hubiese sucedido á usted en el corazón de la señorita Josefa...

—¡Oh!—exclamó Crevel—á precio de oro, señora... Esa ave de rapiña le cuesta más de cien mil francos en dos años. ¡Ah! ¡ah! no está usted enterada de todo.

—Dé usted tregua á todo esto, señor Crevel. No renunciaré por usted á la dicha que experimenta una madre pudiendo abrazar á sus hijos sin sentir remordimientos en el